

sabía entretenido con doña Carroza de Vila-
ragut.

Sería incompleto este cuadro de las virtudes humanas de Isabel si no la añadiéramos lo que Llanos y Torriglia ha puesto de manifiesto en su obra sobre *El hogar de los Reyes Católicos*. El cuidado por los servicios domésticos, por la educación de sus hijos, los desvelos en las enfermedades de los infantes, el dolor de las separaciones de Catalina y de Juana cuando fueron a lejana tierra para contraer matrimonio, la dulzura de las epístolas que dirige a los que no tiene a su lado. Esposa y madre —palabras gastadas por un empleo lacrimoso, pero que siguen teniendo todo su vigor eterno cuando se cumplen ambos papeles con grandeza y sin ñoñería— que en lo mediocre socialmente hubiera sido edificante, pero que se manifiesta como excelsa si pensamos que lo fué tan enteramente sin dar de lado a las incontables tareas del gobierno.

¿Qué comparación podemos hacer con las otras reinas que nos han servido de contraste? Isabel llevaba la misma sangre que María de Molina —la otra gran reina que supo ser también ejemplar mujer de un rey y excepcional madre y abuela de otros dos monarcas—, y también la de doña Berenguela *la Grande*, cuya historia ya conocemos y que sólo se separó de su marido, Alfonso IX de León, cuando la exigencia del Pontífice así se lo impuso, y que todo lo sacrificó a la grandeza de su hijo, Fernando III. Pero lo grande, lo extraordinario, es que la emperatriz María Teresa descendía de Isabel de Castilla, abuela de Fernando, emperador de Alemania, tanto como de Carlos V, puesto que fueron hermanos. ¿Ocurre lo mismo con Isabel de Inglaterra y con Catalina de Rusia? Casi repugna al ensayista el tener que estable-

cer paralelos: la primera no tuvo marido y fué llamada *la reina virgen* «porque nunca se casó» —según añaden las propias historias inglesas—, y la segunda comenzó su reinado eliminando a su esposo y lo continuó cayendo por una pendiente que exime de toda comparación.

Isabel vive en pleno Renacimiento y es mujer del renacimiento, con todo lo que esto significa: «... se dió al trabajo de aprender las letras latinas; e alcanzó en tiempo de un año saber en ellas tanto, que entendía qualquier fable e escriptura latina», nos dice el cronista. Pero no basta esto, pues podía ser una concepción, no íntima, a la culta moda reinante. Hay signos más evidentes, que se manifiestan no sólo en su Corte de cultas latinoparlas —en el mejor de los sentidos y sin ironía—, sino en las empresas de arte que se comienzan en sus días, con un triunfo de las formas nuevas en medio de un estilo que se ha perpetuado, y no por halago a una reina, sino por determinación de los historiadores, con el título de *Isabelino*; estilo en el que la fronda barroca del gótico es podada por el encuadramiento lineal de las formas clásicas, pero con una eclosión de vida que pulula en los *grutescos* de las pilastras y de los estípites.

* * *

Estos son los perfiles, sin detallar, de la maciza figura, auténtica y céntrica figura imperial, de *Isabel de Castilla*, reina de España; perfiles que se labran sobre el fino material de un mármol blanquísimo, de grano impecable, cuya sustancia está integrada por la *bondad, amor, justicia, tenacidad, clarividencia, pureza, integridad, talento y sabiduría*.